

EL TRADICIONALISMO INTEGRAL DE RAFAEL GAMBRA

Miguel Ayuso

1. Panorama biográfico

Conmemoramos en este año de 2020 el centenario del nacimiento de Rafael Gambra. Y lo hacemos, en esta sede acogedora de la colección *De Regno* del Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, con una selección de artículos periodísticos salidos de su pluma durante medio siglo sobre el Tradicionalismo y el Carlismo. No se me ocurre mejor homenaje a quien ha sido uno de los maestros del tradicionalismo hispánico de la segunda mitad del siglo y, consiguientemente, uno de los leales más esforzados de la Causa de la legitimidad proscrita.

Nació Rafael Gambra en Madrid el 21 de julio de 1920. Pero nunca lo vi como un madrileño sino como un navarro aclimatado a la villa y ex-corte. En efecto, por línea paterna, pertenecía a una distinguida familia del Viejo Reyno, concretamente del Valle de Roncal, donde heredó la Casa Gambra, del siglo XVIII, que custodia el archivo familiar desde el XVI, y donde pasó largos periodos de su vida. Aunque el Carlismo no le venía por el lado Gambra sino por el Sanz, el de su abuela paterna, también navarra y de familia conocida, la de la Casa Sanz.

Voluntario en la guerra de liberación con diecisiete años, a principios de 1938, como requeté del Tercio de Abárzuza, y luego como alférez provisional, la guerra le dejó una honda impresión que no le abandonó hasta el fin de sus días terrenos. Con todo, el recuerdo no era tanto heroico como costumbrista, es decir, lo excepcional brotaba por entre los intersticios de lo ordinario. Porque –me parece– era la fe y la virtud de los requetés navarros, de esos hombres

sencillos de carne y hueso, de la vieja España, la que había marcado su alma. Por eso, no era altisonante ni verboso, a diferencia de otros estilos que hacían constante ostentación de tales. Diríase, en efecto, que había integrado esa experiencia única en su modo de ser un punto desentendido e irónico, al tiempo que firmísimo. *Quidquid recipitur...* En sus breves apuntes sobre el Alto del León, cuyas posiciones defendió en la guerra, pero ya en 1938, y no en 1936 como algunos han malinterpretado, a comenzar por el inolvidable Alberto Ruiz de Galarreta, al tiempo que –con gran finura– no hurta el valor de los alfonsinos de Renovación Española o los falangistas de Valladolid, se lamenta de que se creara interesadamente una epopeya exclusivamente falangista. La antipatía que tuvo por la Falange, fraguada en los meses que pasó durante 1937 en Morón de la Frontera con la familia de su madre, lo acompañó siempre. Era al tiempo doctrinal y humana, como me confesó en las entrevistas que le hice para *Koinós* (1998), mi libro sobre su pensamiento político, y se extendía a su oficialización en el culto al «Caudillo».

2. Panorama intelectual

En persona inteligente (es decir, que «leía dentro»), la experiencia de la guerra azuzó la vocación por la filosofía. Y, tras la guerra, se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, donde tuvo por profesores a Lafuente Ferrari, Zaragüeta, Mindán, el padre Bruno Ibeas, Salvador Mingujón y Manuel García Morente. A los dos últimos, que serían quienes más le influyeron, dedicaría varios artículos de gran interés. Del primero aprendió una filosofía social tocada por lo que podría llamarse «tradicionalismo esencial», esto es, el que no se concibe como un conjunto de dogmas, sino más bien como sistema de civilización adaptado a la naturaleza humana. Y del segundo la comprensión de que si la fe recién y gozosamente recibida no cancela de un golpe los sistemas antes profesados, sí lleva a la intuición fulminante de la inspiración religiosa de nuestra historia y del designio impío de la «europeización». Licenciado en 1942, gana en 1943 las oposiciones a cátedra

de Instituto –siendo destinado primeramente a Navarra– y se doctora en 1945 con una tesis sobre *La interpretación materialista de la historia* (publicada como libro en 1946 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Pero en la Universidad encontró algo más que marcaría su vida. Su compañera de estudios Carmela Gutiérrez de Gamba, con la que contrajo matrimonio en 1946 y que le dio tres hijos: Andrés, José Miguel e Irene. Carmela, mujer de gran inteligencia y cultura, también profesora de Instituto, volcó su gran energía en la novela y el periodismo, colaborando en las actividades políticas e intelectuales de su marido.

La obra de Rafael Gamba, en apariencia no particularmente extensa, es –en cambio– de extraordinaria finura. Y se explyea en dos ámbitos principales, uno más teórico y otro más histórico-político, que coexisten en el tiempo y, a veces, en un mismo texto.

En los años cuarenta y cincuenta se interesó por la coyuntura de la cultura europea, asañada por los totalitarismos, y fue de los primeros en distinguir unos de raíz racionalista (el marxismo) y otros existencialista (los fascismos). Sus trabajos, reunidos en un volumen muy posterior, *Eso que llaman Estado* (1958), presentan un interés sobresaliente que Elías de Tejada, su prologuista, encareció con estas palabras: «Las páginas que siguen son la crítica serena con que un hombre de las Españas sigue el giro del pensamiento europeo, oteando sus quiebras y sacando consecuencias en función de los valores de nuestra tradición». Esa es la línea que proseguirá en los sesenta con *El silencio de Dios* (1968), profunda lectura de Saint-Exupéry, que su prologuista, en este caso Gustave Thibon, calificó de «un testimonio en favor del hombre eterno contra los ídolos que ha segregado nuestra locura y que devoran nuestra propia sustancia». E incluso en los ochenta, con *El lenguaje y los mitos* (1983), donde hará ver «cómo el lenguaje –su transmutación semántica y su mitificación– es factor esencial para la gran mutación mental que se opera ante nuestros ojos».

También de primeros de los cincuenta son dos de sus libros de mayor significación política. Su estudio sobre *La primera guerra civil de España* (1950), con prólogo de José María Pemán, caracteriza un conflicto clave para entender

nuestra historia contemporánea, pues entre la «francesada» (1808-1814) y la «carlistada» (1833-1840), la guerra realista (1820-1823) es, no sólo el eslabón que une aquéllas, sino también el ejemplo más prístino por no estar mediada ni por un motivo «nacional» ni por otro «dinástico». Respecto del segundo, *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional* (1953), la apariencia humilde de una glosa de la obra de Mella no esconde su valor original muy señalado. A comenzar por el título que pasó, en la letra más que en el espíritu, a la legislación fundamental del régimen del general Franco. Pero también por su contenido, que abraza las grandes cuestiones del pensamiento tradicional español con una mirada íntima y original. En los años sesenta ha de añadirse la apología de la unidad católica, en los momentos en que se recrudecía el asedio contra ella, por medio de *La unidad religiosa y el derrotismo católico* (1965), que prologó Juan Vallet de Goytisolo. Y, en los setenta, *Tradición o mimetismo* (1976), que combina sabiamente la exposición del pensamiento tradicional con el aquilatamiento de su aplicación en el régimen surgido del Alzamiento Nacional. Como la intención confesada es evitar la voladura de lo que de tradicional había custodiado, resulta por momentos benévolo. Pues no hay que olvidar, además de sus confesiones antes aludidas, los textos anteriores que la censura impidió publicar, alguno de los cuales se publica en este volumen, y alguno posterior, como el que estampó la revista *Verbo* para replicar un artículo de Gonzalo Fernández de la Mora. En todo caso, en filigrana, el libro constituye una requisitoria severa contra el «franquismo».

Pero los artículos de revista, de *Arbor* a *Verbo*, por indicar las dos que marcan mayormente su vida, la primera en los años juveniles, la segunda en los de madurez, así como las colaboraciones en un enjambre de diarios, semanarios, quincenales o boletines de todo tipo, no sólo no son pocos, sino que ni siquiera pueden considerarse menores a la luz de su personalidad intelectual. De ahí que hayamos optado por seleccionar para este volumen una parte de los que tienen relación con el tradicionalismo y el carlismo. La selección y la ubicación dentro de los capítulos, así como su rúbrica, han corrido de mi cuenta.

3. Tradicionalismo y Carlismo

Y entramos con ello en el último tramo de esta presentación. La figura de Gamba, ha quedado dicho al inicio, no puede comprenderse sin su adhesión íntima y sostenida al Carlismo. En él encontró –permítaseme extender el análisis que hace de la ciudad de los hombres– su mansión en el espacio y su rito en el tiempo. Fue, todavía adolescente, requeté en la guerra; en su primera juventud participó en las incipientes empresas posbélicas de la Comunión Tradicionalista oficialmente disuelta y con frecuencia perseguida; líder activo, a menudo crítico, en los cincuenta; para distanciarse en los sesenta del rumbo impreso por Carlos Hugo y sus colaboradores; de nuevo presente en los setenta y ochenta, buscando en lo posible la reconstrucción de la organización, se distanció de la llamada «Comunión Tradicionalista Carlista» al no ver verdadera decisión en los temas nucleares; cercano siempre a Don Sixto Enrique de Borbón, cuando éste se decidió a intervenir personalmente de nuevo a finales de los noventa, eligió precisamente a Rafael Gamba como su jefe delegado, lo que se concretó en 2001. De manera que, cuando le llegó la muerte en 2004, era el representante del Rey. Digno fin para un leal del tradicionalismo y el legitimismo español.

Permítaseme una coda. Gamba no puede ser considerado un «integrista» en el seno del tradicionalismo español. Afirmación que a algunos sorprenderá y que, en todo caso, requiere una aclaración. En uno de los escritos que aquí se recogen, el dedicado a Melchor Ferrer y su magna *Historia del Tradicionalismo Español*, tipifica admirablemente las actitudes político-religiosas, con sus consiguientes caracteres humanos, que el Carlismo ha dado: el carlismo vergonzante, el integrista y el puro. El vergonzante fue el de los que padecieron (a veces con decoro, otras menos) la fidelidad de sus mayores a la Causa, pero aprovecharon la menor oportunidad para, procurando (de momento) salvar los principios, situarse en una posición dinástica, y finalmente social, más confortable. Los «estorilos», pero también los «colaboracionistas», a menudo aunque no siempre coincidentes, ejemplifican el primero: convenía reconocer la dinastía usurpadora, con la

excusa de que la dinastía legítima supuestamente se habría extinguido, y convenía aceptar los elogios retóricos del general Franco a los requetés, aunque vinieran acompañados de sañudas persecuciones a los que fueron sus jefes. El integrismo, de progenie más antigua, propendía a destacar el elemento de defensa de la religión, con olvido si era preciso del político y en dependencia excesiva del clero: constituyó así una familia en el interior de la Comución, saliendo de ella y volviendo a reintegrarse en la disciplina en distintos momentos. El Carlismo puro, que Gamba personificaba en Melchor Ferrer o don Luis Hernando de Larramendi, y que encontraba el más cercano del que debió haber sido el de los iniciadores de la secular rebeldía, era también el suyo. Esa es la clave de ejecutoria. Desde que se alistó en su primera juventud en un Tercio de requetés hasta que aceptó en su vejez el encargo de Don Sixto Enrique de dirigir la Comución. Y, en medio, su posición anti-falangista y antifranquista, en la línea de Fal Conde, aunque discrepara de él en la prolongación de la Regencia de Don Javier; así como su alejamiento de Carlos Hugo cuando los principios entraron en juego. Su posición religiosa también es típicamente carlista, más que integrista, pues ésta terminó (casi) siempre plegándose a las directrices eclesiásticas. Gamba, en cambio, se opuso con razones a la invasión modernista producida con ocasión del II Concilio del Vaticano y acelerada de sus resultas. De ahí su simpatía por el arzobispo Marcel Lefebvre, que hizo pública, siendo una de las pocas personalidades españolas en acompañarle. En la ocasión de su fallecimiento, en el obituario que escribí para el diario ABC, que reprodujo *Verbo*, hice notar esto mismo con las siguientes palabras: «Con Leopoldo Eulogio Palacios fue también [...] uno de los pocos intelectuales de prestigio que defendieron, aunque no sin discernimientos, la actitud numantina del arzobispo francés Marcel Lefebvre». Un aventado ultramarino, tomando el rábano por las hojas, vio en la afirmación, de un lado, un agravio a Lefebvre, y de otro, un distanciamiento de Gamba. Llamarle numantino era como llamarle suicida. Lo que pasa es que, en castellano, numantino quiere decir que resiste con tenacidad hasta el límite, incluso en condiciones precarias. Esto es, un elogio del clérigo francés y de su sostenedor español. Vale.